



El arte de la pintura (y del poema)

Antonio Pérez

Formato grande de los
LXXXI Juegos Florales Internacionales de Zamora
2003

EL ARTE DE LA PINTURA
(o del poema)

Sergio Witz



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CAMPECHE

Mtra. ADRIANA DEL PILAR ORTIZ LANZ
RECTORA

LIC. GERARDO MONTERO PÉREZ
SECRETARIO GENERAL

LIC. MANUEL SARMIENTO MORALES
COORDINADOR GENERAL DE ASESORES

LIC. DELIO R. CARRILLO PÉREZ
DIRECTOR GENERAL DE DIFUSIÓN CULTURAL

Primera Edición 2012.

Copyright:

Universidad Autónoma de Campeche.
Dirección General de Difusión Cultural
Avenida Agustín Melgar s/n entre Juan de la Barrera y
Calle 20 Col. Buenavista. C. P. 24039.
San Francisco de Campeche, Campeche.

Imagen de la Portada: "Sin título"

Autor: Lina Lanz, año: 1993.
Propiedad del Mtro. Sergio Witz.

ISBN: 978-607-7887-33-1

Impreso y hecho en México.

ÍNDICE

- I. EL CUERPO, EL TEXTO, LA PINTURA*
- II. LAS SIETE VIDAS DEL POEMA*
- III. PIGMENTOS*
- IV. EN EL REINO IMAGINARIO DE TU CUERPO*

*Este libro es para Lourdes, mi esposa y también
para mis hijas Demayansi, Beyatli y Arumyta, rostros
generosos que amaré siempre
y que aún puedo mirar mientras me preparo para la gran
batalla que viene
donde mis ojos enfrentarán la sombra del crepúsculo.*

*¡Desgraciado tal vez el hombre, pero afortunado el artista
desgarrado por el deseo!*

*Ardiendo estoy por pintar a la que en tan escasas
ocasiones se me apareció para huir rápidamente.*

CHARLES BAUDELAIRE

I. EL CUERPO, EL TEXTO, LA PINTURA

1

Labios suplicando un deseo nos acercan a la pintura de un cuerpo, a lo que se explica con sólo trazar unas pocas líneas con las manos y por qué no, con la boca, con nuestras bocas que se apresuran a interpretar un boceto que trasciende la notoriedad de la noche; labios que exorcizan miradas y encuentros, desafíos que extrañan la curiosidad del polvo, de la hora donde todos los rumores establecen sus enigmas.

2

El mar también es una prohibición, una magia a la que no debemos acercarnos, pero ese encanto se rompe y se transgrede, estalla como el hielo que se utiliza para seducir. El cuerpo es el único reflejo de la miel erótica, a única permanencia de toda soledad donde el amor es la religión que no tiene dios ni plegaria, sólo se ve y se dibuja, se persigue hasta encontrarlo cerca de los puentes donde se transforma en un solo eco, en un solo vaivén, en un solo latido. Y cuando nos apartamos empieza el juego obscuro de nuestras habilidades como un túnel que nos conduce a lo privado de nuestras vidas y nuestros crepúsculos.

3

Nada nos avergüenza cuando se trasladan a reverenciar un mundo de obsesiones y detalles donde convergen en un lienzo la recompensa del pubis, la juventud de rostros cuya piel es un aroma con olor a canela. Trazan tu cuerpo manos educadas para satisfacer cualquier seducción, cualquier episodio que muestre el asombro de la acuarela y su ficción, el follaje que nos regala el estímulo de un tiempo que narra una historia y un laberinto de imágenes donde todo tiene sentido. Pero también hay dificultades con el pudor y las obsesiones, con lo que se palpa en la plenitud del sueño y en la permanencia de vivir cada instante.

No hay agotamiento en esta quimera, en este placer que sentimos cuando se abren las ventanas y respiramos nuevamente el aire de la madrugada porque te he tatuado en mí para siempre, en las yemas de mis manos y en la luz que oscila en el laberinto de mis párpados. Todo se nutre de ti y de tu espejismo, esa fruta que nos devora cuando el éxtasis del pincel nos lleva al extremo del arte y codicia la sonrisa de los amantes casi perfectos (*porque eso somos, los amantes perfectos que disponen de su fisiología y de la docilidad del hastío, de los prejuicios contruidos por el delirio de la rutina*).

5

No debemos escondernos de este maravilloso momento que nos va llevando con la furia del vino y la memoria de quienes todavía creen en el tabú del sexo anónimo. Contemplo tu espalda y de cómo se yergue para recibir mis caricias, la humedad de mis labios que profundizan el alcance de la rosa, de la luna que busca el destino de su nombre, mujer de sal y de azúcar, mujer bíblica que asombra y sostiene el mapa de los reencuentros y los albores de un milenio todavía virgen.

6

Cuando se desliza el mar se retira el deseo, como llega así vuelve a su origen, a su babel de colores impregnados de una blancura líquida y tibia de marea; por un instante todo es calma y voluntad, color rubí del pincel que reposa junto a otros instrumentos. Nada se puede evitar cuando el vértigo es una palabra clandestina, una costumbre que renace en el anhelo de la mente, de los gestos a disposición de muslos y sentimientos, de sílabas donde el alma tiene relevancia y donde su tarea es dispersar la página y la soberbia de quienes dudan de la trascendencia de la vida.

7

Pinto tu cuerpo, ese dios dormido que me habla y me purifica, que me invade y me sentencia con el frenesí de la blasfemia, con el cielo y el infierno donde la piedad es un instrumento de perfección. En el amor hay alegría y tragedia, música y pintura, pintura y poesía, muerte y resurrección, razones de siempre para estimular y consolidar el mundo y su plenitud de alabanza.

8

Pinto tu cuerpo porque estás hecha de trigo, de mercurio, de ortografía persa, porque en él palpita todo sentido de agua y hierba, de satisfacciones y relevancias, de otoños y veranos que conducen al prodigio de la comunión verdadera, hostia de ojos y sensibilidades que maduran en un cuadro.

9

Definimos la pintura quizás como un truco de línea, como una perspectiva que capta lo salvaje de todo modelo, de toda vanidad: definimos la pintura como la meditación de manos que vencen la soberbia de los colores y de las confesiones, nos deleita y nos da un rostro lascivo. No hay nada malo, sólo consecuencia y fatiga, moldes donde se estructuran besos y caricias, hechos fugaces que luego immortalizan la guerra de los mitos y las verdades. (La pintura es un mito y una verdad).

En el arte hay placer, entusiasmo, preocupación: la tela sobre la que se dibuja se acaricia pausadamente porque su recompensa es vasta y sublime: *el poema es pintura*, música, percepción, líneas trazadas con la mano y la boca. Pero todo lo acrecienta el saber qué tiempo hay que dedicarle y cuándo y cómo plasmar el motivo con todos los riesgos que se tienen. Pero también se dicen mentiras sobre cómo ocurre todo, sobre cómo el artista se estremece para encontrar lo vulnerable y los detalles de ese plenilunio erótico donde se revelan sensualidad y sugestión, triángulos perfectos de esa llave a la que damos vuelta cuando la fantasía se transforma en un intruso más.

En la pintura no hay excepciones, se embellece un cuadro porque se ama, porque se derrochan fuego y sinceridad, relojes que dan la hora de promesas y premoniciones, justificaciones y suposiciones, circunstancias plenas de un deseo que se aferra a la piel, a la invitación por preservar ese único momento. Del polvo se recoge el génesis que da vida a un sueño, a un dibujo, a un cuadro; luego viene la seducción, el atardecer, el olor y finalmente la furia del viento con su remolino que te habla y te dice: *“a veces hay que vender tu alma al diablo si con eso pintas con el virtuosismo del verdadero artista”*.

Quien posee el conocimiento sólo necesita de un resplandor, de un fuego que exalte la fe en un calidoscopio y se ruborice como una pregunta, como una soledad que no conoce tregua. El arte también es una tregua, la distancia y la redención que nos invita a conservar el marfil de la inocencia, de la mirada que escapa como el humo, como la tinta de la diversidad que hostiga al tiempo: somos forasteros en esta aventura de signos y números, de resplandores y alfabetos, de puertas y pronombres, alas y razones que se esfuman en la intuición de cartas y caras anónimas. Nada podemos dejar atrás cuando se yergue tanta evidencia, tanta voz esgrimiendo un conflicto de ángulos y sombras, criaturas que se alternan en una circunferencia donde vuelve tu cuerpo a establecer su dominio de metáfora femenina.

En la superficie de la modernidad, de esta modernidad el dibujo aún define líneas y contornos, el esquema relativo que irrumpe cuando se plasman otra vez los deseos. Lienzo tus labios, lienzo tu atracción, lienzo lo indefinido de certezas que aman el olfato del artista en plena creación.

Mujer, tú crispas el ocre de cada color, de cada ojo que ilusiona con su iris de perfección y plenilunio, de sábana extendida con el artificio y el cromatismo de la luna, paisaje donde nos remitimos a la pureza del agua, al águila o sol de una moneda, de una pasión vanguardista ante el musgo de lo primitivo. Lo unitario del mundo ha detenido en este momento la luz, somos forasteros y afortunados, *collage* de rostros asediados por tormentas personales e incendios que mutilan las imprecisiones.

Eres el río que retorna a su cauce, la sugerencia de espirales que nos lleva a predecir el aguamarina de cada leyenda que innova de acuerdo al plazo de nuestra necesidad o conformación. He aquí que en el desnudo se vislumbra la perfección, el zodiaco virgen que cubre tu piel, la alfombra que te confirma mujer o luna o rosa o luz; en este éxodo confluye la huella del gusto, la silueta de conceptos que van y vienen como una definición, como la fortuna de establecer un reino donde todo es diferente. Vives como la danza, como la invocación profunda o mitológica, has pasado por todas las quimeras y todas las obsesiones; he aquí que llego a ti con todo el vaticinio de quien ama a la belleza y la pinta, con las manos y por qué no, con la boca. Mientras la luz parpadea dibujo un óleo de mujer y deliro con ella, obstinación y respuesta que sólo da la *poesía*.

II LAS SIETE VIDAS DEL POEMA

I

Mujer, aprendizaje con lucidez de labios,
frontera que el delirio transforma en bullicio, sílaba y monólogo
nupcial que el adagio vuelve diamante, puerta que se abre
para olvidar la prisión del mundo, de la sombra que nos acompaña.

Conoces las siete vidas del poema,
el júbilo que acaba con el enemigo y lo refleja
en la pared del círculo, respiración de nombres y veredictos,
conciencia de ser todo en la literatura: metáfora, personaje,
ritmo... invención solemne de la duda que ejemplifica
en la hoja en blanco el rumor de la bahía, los párpados
que se cierran sistemáticamente como pigmentos eróticos de vibrantes sueños.

No dependemos de los demás, sino de nosotros mismos,
de nuestras espumas, de nuestros arrebatos que consolidan nuestra desnudez.

II

Nuestra desnudez es una palabra tan honda,
tan llena de pájaros, tan subterránea como un sexo, como un amanecer,
como un templo de muslos desafiando islas y estrellas, fugacidad de todo lo
que se derrama y desafía, de todo lo que se enciende artificialmente:
tacto, olfato, sangre... vulnerabilidad de la fuerza y de lo que fluye
y se presagia más allá de toda tinta, de toda flor.

III

También la pintura es un poema, tiene vida propia,
nace y muere, su ciclo biológico está regido por la naturaleza
del arte verdadero, del virtuosismo de quien vive para ella.

A veces también naufraga con su inmovilidad
de colores y árboles, de paraísos intentando la disgregación
del agua, de la ruta que ha de tomar el pincel o la mano,
sonido del mediodía que construye lo inasible de tu cuerpo,
ese latido que perdura cuando se contempla el mar y la vida por delante.

Avanzo hacia ti, las pulsaciones me llevan hacia ti,
a tu horizonte de jerarquía y escultura, a la conversación
donde la ceniza es todavía fuego, dilación del tedio
o simple marejada donde los secretos son palabras que sobreviven.

IV

Palabras que sobreviven también son tus ojos,
tus pezones, tu edad bosquejada en lo fugaz de la tinta
o en el bautismo del perfume que aún se siente después
de siglos de oscilaciones que dan forma a lo impalpable de la arena.

Busco en tu vientre el crepúsculo de la vida, la luminosidad
y lo fugitivo de escribir y pintar, de perseguir galaxias y conjugaciones,
pupilas y exactitudes. Algo de ti me petrifica, me devora, me tritura,
me hace caer en un silencio que se lleva todo lo que he vivido,
todo lo que he mirado: infancia, placer, calles, holocaustos, murmullos,
inmensidades, versos extraviados por la pasión del momento
y la intensidad del que siente que el tiempo es breve y se le acaba.

V

El tiempo es breve y se acaba como el líquido
de cada madrugada, como lo repentino cuando leemos un libro;
entre escombros revisamos lo que hemos hecho y lo que hemos vivido,
nada es en vano porque no hay lugar para la superstición, para las ocurrencias
que se vuelven meditaciones; amar, escribir y pintar son privilegios de un ser vivo
que va de sorpresa en sorpresa, que ve todo con la ráfaga y el ritmo del color
y la escritura, relámpago tatuado con nombre de mujer, estalactita y polen,
ojo y oído de todo resplandor, de todo destino que lleve a la
incandescencia de la luz: mar abierto a cualquier hora
de la plenitud femenina.

VI

*Plenitud femenina, noche en la que se vierten el rumor
y el estallido de los cuerpos,
de los celos y los orgasmos: las definiciones quedan en suspenso.*

VII

Quedan en suspenso las siete vidas del poema
porque están guardadas en ti, en ti donde vive el agua,
el contorno de esa luz idéntica a ti, gatos que marcan su territorio
con el olor del cuerpo, con las miradas que saben verdades y mentiras,
cuchillos que castran, bordes habilitados como relojes, como sauces,
como misterios.

Las siete vidas del poema son tan transparentes que en este instante
algún oleaje las lleva hacia ti, mujer – abecedario, mujer – crepúsculo.

III. PIGMENTOS

*Yo dibujo estas letras
como el día dibuja sus imágenes
y sopla sobre ellas y no vuelve.*

OCTAVIO PAZ

1

En los pigmentos de tu cuerpo nace lo que prolonga la vida, lo que se vuelve una travesía e indaga todos nuestros movimientos, todas nuestras coincidencias y nuestras respiraciones. No se puede renunciar al deseo si no hay un motivo, si no se justifica el silencio o la desesperación. La marea sube en cada crepúsculo y notifica a los amantes. Nada enmudece tanto como el polvo, como la voz de aquellos que cimentaron sombras en el oído de las ciudades fugaces, en los minutos que estallaron cuando la arena ofreció la descripción de peces.

Fuimos la pareja que erigió un mundo de percepciones y aproximaciones, que jugaron a serlo todo sin conocer la respuesta del agua o de los cuerpos sudorosos tendidos en la orilla de una playa matutina.

2

Quedó atrás y distante la pupila de quienes devoraron árboles y rostros, posesiones que se acentúan con la misma tinta con la que se describe la zozobra. Somos parte del zodiaco, de cartas que se envían sin la rutina de frases comunes o anónimas. Todo es parte de ese fuego neutro que oscila en nuestra mente. Hemos soñado la belleza del naufragio, ese fantasma de mar que teje predicciones, laberintos que confunden nuestras bocas.

No todo está dicho ni juzgado, el erotismo nace del pubis y del misterio de la carne, de los cuerpos que nunca renuncian a mirar en las ventanas del asombro o del vino, de la alcoba junto a la luna que incendia las miradas. Todo es revelación cuando desnudos nos acariciamos, cuando en la hoja en blanco dos mundos transforman las palabras en miles de llamadas o mensajes.

3

Otra vez el oleaje viene por nosotros y nos lleva jadeantes ante lo imperturbable de esas manos que renacen en cada sol, en cada muro, en cada fragmento de la furia que nos transforma en los amantes que se detienen para mirar las palomas de un diluvio erótico.

Somos fugaces como la belleza, como todo lo que se nombra cuando se ama: mineral, palabra abierta a todas las contradicciones, a todas las calles donde el viento transita benévolamente; es invariable la perfección de esa lluvia que nos acosa y nos lleva al refugio de los horizontes y los párpados, al cauce de una esperanza construida con el secreto de otras lunas y otros soles.

Gracias a ti llevo el rumor de la alondra, del trigo que persevera en el rostro y en tus labios de mujer sedienta capaz de estremecer una montaña con sólo palabras, con sólo afirmar la naturaleza de todo preludio subterráneo.

Esta travesía tiene sentido y follaje, espesura y fraternidad, nos vuelve fugitivos a la puerta de una emigración donde los deseos cumplen su palabra. Oímos levemente cómo los barcos acomodan sus plegarias y de cómo retorna la melancolía a sus cabinas de asombro, a su paisaje de misticismo y terciopelo.

5

Para todo siempre hay un retorno, una duda, una explicación que define los retratos que hacemos de los demás y de nosotros mismos, de la madera que cuantifica las astillas de nuestra forma de vivir y de transitar hacia el placer que toda pareja ama en el verano y donde se aíslan para perseguir el aroma que sólo el amor da.

Todo reside en la piel y en los ojos, en la poesía cuando agita el mar que todos llevamos dentro, en el horóscopo de esos párpados que convierten las caricias en relámpagos destinados a profundizar en cada beso vespertino, en cada agonía nupcial que recorre el follaje de la luna con la misma arrogancia y templanza de quien mejor conoce la estrella infinita y sus necesidades de astro voluptuoso.

6

Todo reside en la ansiedad del cuerpo, en cómo los nervios alimentan de jazmines y cardosantos las palabras que asumen el mando del navío, de la voz que poco a poco va esgrimiendo su justificación, su espacio y la espera donde conforma el cristal de un espejo en tregua de silencio, en sombra que sobrevive al tiritar de las espigas y las medusas.

El atributo del viento es conocernos, hablarnos, definirnos boca a boca, sexo a sexo, girar alrededor de un encuentro de sustancias y transparencias, de polvo y perpetuidad que se alzan como el entendimiento de un lenguaje y su palidez de nombre desprovisto de interpretaciones.

7

Nuestro destino es la fuga, el hambre de conocernos a medida que leemos el *evangelio del cuerpo* y de cómo nuestro aliento persigue lo trémulo del mundo. Cualquiera puede negarnos y crear incertidumbre en torno a nuestro método de vida, de amarnos, de cuestionar la rivalidad entre un hombre y una mujer, de ser nómadas que se aferran a lo profundo de un sueño y a la realidad de lo que se ve y se toca.

Otros hablarán de nuestras contradicciones, de los movimientos en falso que dimos a las frases que no concluimos, darán la versión que se acomode a sus intrigas y mezquindades. Sin embargo, nada petrificará mis ansias por ti, por tu sustancia de luna extasiada en mi mar de locura, en mi fragilidad de hombre que no teme el mañana.

Existes en mí, en el ritual donde respondo a la profecía de números y campanas, al mandato de un sol que también es una fuerza vital del que aprende todo lo que debe saber quien se entrega en la vida y quizás también en la muerte.

Nada puede sustituirte, nada puede darme tu olor, tu acecho de mujer esperándome en la madrugada que dura más de un siglo o de un tiempo que olvida el tiempo. La sangre nos hace infinitos y fatídicos, nos convierte en seres cuya alcoba está llena de presagios y desesperanzas. No podemos ni debemos equivocarnos, ni siquiera claudicar, escojamos el sendero exacto donde compartamos las mismas cosas, los mismos sueños y las mismas verdades. Todo es un ciclo que tiene que cumplirse: lo que huye de mí llega a ti, a tu cuerpo, ese libro donde la luz es mar y el mar un poema infinito.

9

Todo amor es una blasfemia, la ondulación de rostros que nos lleva al vértigo del asombro, de la casa donde miramos el porvenir de los espejos, las manos que nos delatan en la hora de las pulsaciones. Nos tocamos con los ojos y nos besamos con las imágenes, esas hogueras que llevan a los presagios a conciliar los interrogatorios, los deseos, los juegos que desembocan en el erotismo de dos cuerpos que yacen con la euforia de la mandrágora, con la silueta donde los gestos opacan los detalles, los cristales de un pensamiento que sólo está en el litoral del musgo.

Somos la noche que transforma el rencor, la dilatación que opta por los árboles de una madrugada insomne, de un episodio donde todo es sigilo y pronombre, imposibilidad de un mar por extender su fuego y su iconografía, su diadema de agua respirando el destino bermejo de la seda.

Somos las vocales, las consonantes, la biografía donde la luz y la palabra se vuelven evidencia, ritual obscuro que construye y bifurca la escena donde palidece el astrolabio de un cuerpo que se arroja al abismo de la pintura y la discreción.

Somos las almas que regresan para estremecer religiones, episodios de interpretación que originan la madre selva de la conciencia. En nosotros se fortalece el mineral de los perseguidos, la incorporación de esas letras que acumulan ecos y resplandores. No todo está dicho porque hay otras realidades y otras lejanías, otras percepciones y otros motivos. El viento puede ser lastimado con un girasol de dudas, con un trapecio de bocas mancilladas o con esa fábula donde los cuervos inmovilizan el mundo.

Abrimos las ventanas para que se alejen las pupilas de la muerte y recordemos la escritura del relámpago. Con los ojos cerrados todavía evocamos el génesis de lo impalpable, de la poesía que nos lleva hacia un reloj de arena, hacia el grito de un sol cuya memoria es un verso decapitado, una flor en medio de la nada.

Somos el prójimo de la palabra, la terquedad del silencio que reconstruye la ceniza del ave fénix, la quimera donde arde el reflejo de la constelación suprema. Toco tu cuerpo y todo se vuelve sagrado, saliva que humedece la luna que llevas entre tus piernas, follaje que me alimenta y me da libertad, espionaje de eclipses y jadeos.

Sabemos que el amor y el deseo son recíprocos, sangre de la misma sangre, voz de la misma voz, laberinto del laberinto. El mundo me lleva a ti, me hace de ti, me nutre de ti, me reparte su trigo, su palpitación, su profecía, su tatuaje, su deliberación que comparte con el vino, esa creencia que fluye y disipa el misterio de la sed.

Déjame ir a ti sin la prudencia, sin el temor de perderme; se palpa mi inquietud y se deshojan los simulacros de la higuera; el aire comparte conmigo otra forma de soliloquio, otra estructura donde converge la realidad y el territorio de las insinuaciones, carpeta de intrigas y sensaciones, paraíso por donde el otoño huye, libro de abismos y vitalidades.

Te nombro en un poema, hablo de lo agitada que ha sido nuestra vida, nuestra entrega sin remordimientos ni hipocresías, sin preguntas absurdas ni perdones inútiles, bosquejos de piedras, pinceles ataviados con las espiga de tus párpados.

Tu nombre me alimenta, me da el coraje para enfrentar el aullido de la playa y el enfado con el que crecí a solas. No renuncio a nada porque sé quién soy y dónde estoy, inmenso es lo esmeralda de un siglo, de una sinfonía que orienta el follaje de la dársena, la tinta que multiplica los roces y los rostros, murciélagos desprevenidos por el ocre y lo discreto de suburbios jadeantes.

Conozco el *génesis de tu cuerpo*: esa galería de entusiasmos y privilegios, compuertas donde el agua gira y respalda la resistencia del amor. Te nombro con la sucesión de imágenes que me persiguen violentamente, con ese perfume que presagia lo erótico de una entrega matutina. Eres el texto donde culminan todas las palabras, la literatura de ojos donde he aprendido a conocer el alfabeto de la piel, el cántaro que inunda mi camino de instantes y predicciones, máscara de un símbolo que traslada su horóscopo y fragilidad, sencilla bitácora de una espera varias veces repetida.

El amor también es agonía, lluvia, vigilia... sus paredes están construidas sobre un mar en reposo. Va y viene, a veces golpea con una esperanza certera, otras, simplemente es un vacío que se finge y se desmorona, es un libro de emociones desmedidas, un comienzo y un final que recorre las orillas de sonidos que se agolpan en camas y ventanas.

El amor es miedo, terquedad, muerte y resurrección, sorpresa que se extingue cuando lo creemos infinito, péndulo de luz labrado en la intimidad del lenguaje que describe una pertenencia.

No puedes huir de él, es un fantasma apresurado y clandestino, se afianza a tu boca, a tus oídos, a tu cuerpo... y lo estremece todo, lo hace y te hace un esclavo de su madrugada y de su derrota, de su fastidio y su torpeza.

No entiende de estaciones o de conflictos personales: te absorbe, te hunde, te margina, pero también te elogia, te hace feliz cuando junta cuerpo con cuerpo, boca con boca, éxtasis animal que te conduce a la primicia de lo prohibido, de lo sugerente, de lo remoto.

Es un *testigo* al que no conoces pero que sabes que existe en alguna parte.

IV. EN EL REINO IMAGINARIO DE TU CUERPO

El cuerpo es el gran poema

WALLACE STEVENS

Busco
los fragmentos de tu cuerpo
para unirlos y acercarlos a mi boca con la furia
del que ama la belleza de una mujer, ese apocalipsis
que bordea nuestros deseos y nuestras obsesiones,
ímpetu rebelde donde se construyen augurios y plenitudes,
ventanas que se abren como muslos ardientes.

Como el vidrio que estalla al contacto
de las contraseñas transparentes,
las caricias múltiples jadean
con el rencor de la quimera, de la violácea luna que aletea
con las primeras palabras
de un vértigo que asume
la responsabilidad del otoño,
ese otro naufragio de cuerpos aislados para siempre.

En ti concentro la sorpresa que me da el mundo,
la teoría de apariencias que despliega el rumor de cada sueño
y de cada palabra; nada es tan perturbador como el reino imaginario
de tu cuerpo, como lo aéreo y volátil del eucalipto que construye
todo acercamiento a un rostro y a unas manos que son generosas
como una alucinación frente a la página de un libro.

Agresiva es la noche con su caudal
de oscilaciones que nos conducen a páramos
que reprimen la piel de los sentidos y los orgasmos, la angustia
errante que se transforma en sombra de nuestras rebeliones
y nuestras obscenidades.

Me recordaste, acertadamente, los versos de Gelman:
*“...una mujer y un hombre atados por sus labios
llenan la noche lenta con toda su memoria”.*

Tus pezones son los signos
que me recuerdan tu alma de medusa,
la distancia que debo recorrer para alcanzarte y hacerte mi única
realidad, esa intuición de mármol que ejecuta la palidez
del tiempo y su rapsodia mineral que también
es un precepto de la rosa nocturna.

Eres el álgebra matutina que me conmueve
y que se multiplica como ese pájaro que canta cuando
se vuelve su obsesión el sonido de un río o de un mar.

Somos la eucaristía que se enlaza a los gestos
de gemidos y transparencias cuando la penumbra
esconde su oficio de brusquedad absoluta.

Nuestras vidas no se deterioran
en la conciencia del crepúsculo, nuestra respiración
sigue siendo la misma y tiene la fortaleza
de todos los amantes, ese deseo implacable por restaurar
el fuego de toda pareja humana.

Esa es nuestra intuición y nuestra intención
más allá del polvo, de la crisálida que busca un lugar
en la naturaleza, el vaivén de los ojos que perciben la gratitud
del sol y del zodiaco.

Regreso a ti, a tu resplandor de niña asustada
en cuentos de sirenas y de repente te vuelves mujer,
éxtasis, aullido, laberinto, filtro de un lenguaje
que demora su perversión y su apariencia, bosquejo
de enredadera, labios que llegan con la premura
de una lluvia matutina.

En lo nuestro nada se improvisa
ni se finge, todo es real y se intensifica
como el clímax de un película, como la mecanografía
del trébol que recorre la respuesta y la audición del relámpago,
del fósforo que en los puentes verifica la soledad del mar,
*la temporada en que debemos aparearnos
para consumir el más bello acto de amor.*

Siempre me hablaste de tu obsesión
por los objetos de terciopelo,
de la cautela con la que vas por la vida
*(criatura que nos atrapa y nos arrastra con su pulso
de osadía y evidencia, tapiz dibujado con labios de silencio.)*

Coinciden nuestros horóscopos,
nuestras diferencias, la oscilación del tiempo
donde habita aquello que alimenta
al árbol y sus latidos, la sorpresa que va tejiendo
una silueta de ámbar y de ternura.

Somos tan eternos y a la vez
tan momentáneos como una estrella o un reloj
que urden el pronombre de nuestras contradicciones,
tinta de volátiles segundos que atesoran una biblioteca
de cipreses y tormentas.

La *poesía* se vuelve, entonces, brusquedad,
París, Roma, Praga... libros abiertos donde se escribieron
los mejores poemas de todos los tiempos, literatura
de sangre y sentimiento, viaje al corazón de la noche perpetua.

Algo que desconocemos te alimenta,
te sopla al oído hasta convertirte en una *tierra baldía*
en un eco que invita y excita al ciervo
que denominamos tiempo, poema, luna, pubis...

En tu reino habita la luz, pero también
la superstición, la víspera donde las muchachas
derraman su alquitrán de castidad, los ojos que decapitan
campanas cuando los enamorados recorren
una ciudad de fantasmas melancólicos
a la manera del carnaval y las máscaras extrañas.

Coincidimos con lo que escribió Pavese:
*"Callar es nuestra virtud./ Algún antepasado nuestro
debió estar muy solo/ - un gran hombre entre idiotas
o un pobre loco- para enseñar a los suyos tanto silencio."*

Eres un enigma para mí, para ese polvo
legítimo que te hace vulnerable ante el acantilado
donde eres víctima de tu propia marea,
esa permanente y eterna liturgia de sal.

Conozco tu cuerpo, su arquitectura
y de cómo te ciñes a lo subterráneo de toda
persecución (*todo se revela ante ti, ante lo osado
que gira como un mito sobre la locura de la existencia,
sobre lo benévolo de transformar la quietud del mundo.*)

Me atrevo a mirarte
porque confío en el fruto que te crea y te inventa,
en el aire que lleva la plegaria del agua y el fuego,
el epitafio donde crece la hierba
que persuade el inicio de toda obsesión.
Y recuerdo tus palabras:
“...jamás te burles de los sueños de una mujer”.

Vislumbro todo lo que te delata
porque eres la noche,
el fuego que permite el atrevimiento
de todas las palabras
que han de decirse en la soledad del mundo,
de nuestro mundo que percibe el olvido como otro
silencio luminoso, como otro lenguaje donde los pájaros
asumen la vanidad de toda fantasía , de todo azar...

Algo te agita como un murmullo,
como un presagio o un sol en la esencia del himno
que decora el paisaje
de esa voz que también te redime,
esa voz que me lleva hacia ti
como lo hizo Paz en *Piedra de Sol*:
“...los dos se desnudaron y se amaron
por defender nuestra porción eterna,
nuestra ración de tiempo y paraíso,
tocar nuestra raíz y recobrarlos,
recobrar nuestra herencia arrebatada
por ladrones de vida hace mil siglos”.

Eres mágica y absoluta
porque en el libro de tu cuerpo
sólo existe una página en blanco:
el poema que eres tú.



La presente edición de
"El arte de la pintura"
se terminó de imprimir en Marzo de 2012
Obra elaborada en los talleres de
AB Industrial Gráfica del Sur S.A. de C.V.
bajo los auspicios de la
Universidad Autónoma de Campeche.
500 ejemplares.